

Con Alfonso Sastre, después del estreno de "La mordaza"

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



Alfonso Sastre. Le veo en los espejos del café Gijón, en el tiempo en que nos conocimos. Entonces él llevaba una corbata de lazo y una pipa, que le daban cierto aire de artista oficial. Entraba silencioso, como un gato que va derecho a su diván. Llevaba bajo el brazo una modesta cartera de piel con varios cuadernos cuadrilados, en los que escribía con tinta roja. Era silencioso y escribía, apenas sin tachar, una larga crónica de teatros para «Correo Literario».

Un día dejó de ir por las mañanas. Un caballero, asiduo del café, dijo que estaba escribiendo una comedia y que el chico era de un talento positivo. Aquella mañana, primera de su ausencia, se habló de él, cariñosamente. Yo apenas le conocía entonces. Mientras escribíamos en el café habíamos cambiado algunas palabras de rigor: «¿Se va pasando la mañana!» o «He visto tu último artículo.»

Después, yo me fui de viaje, y, al regreso, Alfonso Sastre había tenido un éxito rotundo con el estreno de «Escuadra hacia la muerte». Nos volvimos a ver. Supe que él iba a una taberna, donde tenía su reunión de amigos. Alguna vez caía por el café, y entreteníamos la mañana hablando de proyectos literarios. Supe que estaba acabando «El pan de todos», y después, que ensayaban, en el Reina Victoria, «La mordaza». Asistí al estreno. Asistí al éxito y al aplauso, con que se le recibió en el café Gijón aquella noche, hace una semana.

Y ahora, en el camarín de Antonio Prieto, este gran primer actor del Reina Victoria, dialogamos sin prisas, mientras Antonio Prieto se caracteriza para salir a escena.

Le pregunto a Sastre si está conforme con la obra.

—Sí. Uno siempre está más o menos conforme con lo que escribe. En el teatro, la experiencia de los ensayos nos obliga a una revisión cotidiana del texto literario. Al final, qué duda cabe, cuando el telón se alza, uno está conforme con lo que ha escrito.

—¿Has corregido mucho durante los ensayos?

—He corregido algunas frases y algunos detalles de lenguaje, y ha habido una corrección más importante no de concepto, sino de precisión, para la mayor eficacia de la obra.

Y hablamos del tema tantas veces

tratado, del comediógrafo ante el escritor.

—No cabe duda de que el comediógrafo es escritor. El comediógrafo «escribe» comedias. Pero no cabe duda tampoco de que la tarea literaria del comediógrafo es impura o, por lo menos, no tan pura, libre y determinada simplemente por motivaciones literarias como la del novelista, por ejemplo. Nosotros tenemos que contar con todo un sistema de coacciones que nos llegan desde el exterior: el escenario tiene limitaciones técnicas, los actores son seres de carne y hueso difícilmente adaptables muchas veces a los personajes. El público del teatro, por otra parte, tiene para el texto teatral una exigencia de interés inmediato que no tiene el lector de novelas.

Llaman con los nudillos en la puerta del camarín.

24. IX. 1954

—Sí, pase.

—Don Antonio, la segunda.

—Bueno, bueno.

Antonio Prieto se coloca la peluca que le hará sudar toda la noche. Se unta con unas cremas y con unas vaselinas la cara. Fuma entretanto un pitillo y habla con nosotros del tiempo. La noche es calurosa, como en «La mordaza». La tormenta amenaza, pero no descarga.

Los problemas actuales en el teatro actual.

—Me parece, desde luego, que el teatro actual no tiene otra posibilidad de supervivencia, otro camino de proyección futura que plantear problemas actuales. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que un teatro no concebido así sea un teatro irremediamente fugaz. Precisamente, a través de las situaciones actuales, el dramaturgo debe crear unas raíces de los problemas eternos del hombre en el mundo. Nuestro material es lo fugitivo, y lo fugitivo, como sabes, «permanece y dura».

Manuel Mampaso, autor de los decorados de «La mordaza», entra con unas fotografías. José María de Quinto, director de escena, entra también hablando de unas luces que hacen falta en alguna parte.

—¿Qué reprocharías de la noche del estreno?

—No tengo nada que reprochar de esa noche. Fué sencillamente irreprochable. ¡Ojalá mi carrera me depare muchas noches como la del estreno de «La mordaza».

Hace cada vez más calor en el camarín. Abrimos la puerta. Una conversación llega hasta nosotros:

—Dice madre que me des tres duros «pa» ir al cine.

—Dile a madre que no me hurgue en las entrañas, ¡qué leñe! ¡Ni que a uno se lo diesen por su cara bonita! ¡Ya podía pensar madre en traerme las judías calientes!

Seguimos hablando. Ahora nos referimos a la crítica de «La mordaza».

—Tengo mucho que agradecer a la crítica: indicaciones, sugerencias, hasta consejos.

—¿Qué crítico te parece más certero con tu concepto?

—La mayoría se han mostrado sagaces. Puesto a señalar, no sabría cuál de ellos lo ha sido en mayor grado.

Suena un tiro. Un tiro teatral, que corta nuestro diálogo. Se oye la voz de Antonio Prieto. El piso del escenario retumba con las idas y venidas de los actores. Por delante del camarín pasa un tramoyista con un botijo.

Y ahora preguntamos a Sastre por la postura de su familia ante su carrera teatral. Pero nos interesa sobremanera la postura de antes de los estrenos, cuando Alfonso era sólo un novel que quería estrenar una comedia.

—En casa hubo, más o menos hasta el estreno de «Escuadra hacia la muerte», una lógica y tenaz oposición en mi carrera teatral. No tengo que decirte que ahora, en casa, estrenan conmigo, leen las críticas conmigo y hacemos proyectos para el futuro.

Los proyectos, algunos proyectos del futuro, entre los que está «La sangre de Dios», comedia que va a empezar Alfonso Sastre dentro de unos días.

—Tengo el esquema, los problemas que voy a tratar en este drama; pero ya te digo que no está empezado.

Salgo a la calle. La tormenta amenaza, pero se resiste. Alfonso Sastre, angelote con gafas, cordial y bueno, se queda en el teatro, soñando con el teatro, viviendo y trabajando para el teatro.